

enemigas de Páez fueron desmovilizadas y los regimientos de éste conservados intactos; los funcionarios adictos a Bogotá despedidos. Bolívar nombra a Páez Comandante General de Venezuela, que en sus dos terceras partes habíase declarado en contra del héroe de Las Queseras.

Se crea en Caracas un Gobierno autónomo del de Colombia, y el Libertador dice a Páez que en adelante «NO OBEDECERÍA AL GOBIERNO DE BOGOTÁ SINO A LA AUTORIDAD DE BOLÍVAR SOLAMENTE!» (1) Ese día infausto pereció la Gran Colombia. En lo venidero, los Gobernantes de las diferentes secciones de la República, Urdaneta, Páez, Montilla, Flórez, acatan sólo la voz de Bolívar, sin tener un recuerdo siquiera de Colombia.

Si tal hubiese sido el deseo del Libertador, Páez habría reconocido al Gobierno de Colombia. El León de Apure declaraba en marzo de aquel año: «Yo no tengo otro Dios ni otra religión que Bolívar». Mas la mirada de Bolívar estaba fija en algo distinto a la República de Colombia. «Yo le he dicho a usted que el único pensamiento que tengo es la gran Federación de Perú, Bolivia y Colombia», (2) escribía al Vicepresidente desde Caracas.

El Libertador pensaba en ser, a los pocos meses, el árbitro de la América del Sur; mas no contaba con el Destino, y en un día desplomáronse dos de los tres pilares de sus macedónicos proyectos. La rebelión de la tercera División colombiana en Lima fué para Bolívar un golpe igual al de Aníbal cuando supo trémulo de impotente ira, el fin de Asdrúbal, o al del Corso al contemplar en Trafalgar su destierro de las olas.

¡Adiós Perú y Bolivia! ¡Adiós playas inolvidables de la Magdalena! ¡Adiós portentoso Imperio de los risueños mares de los bucaneros a la nivea perpetuidad de los soberbios Andes!

Santander comete el gran desatino de aprobar con alborozo la insurrección de Lima. Es verdad que el Vicepresidente poseía justísimos motivos de resentimiento con Bolívar, quien al proclamar a Páez «el salvador de la Patria», había censurado implícitamente la conducta de los que se habían opuesto a la revolución de Valencia; pero ha debido reflexionar en que con el movimiento de Lima era inevitable una guerra

entre Colombia y el Perú. Tal parece que Santander sólo vió en lo de Lima un medio para debilitar enormemente a Bolívar. En ese momento de angustia, en que el Libertador estaba como el león en el instante del salto exterminador, se le presentó Santander con estas palabras: «Todos ven en el asunto del Perú un triunfo de la causa constitucional y un apoyo para lo sucesivo», y sobre él se lanza con el mismo ardor con que arremetiera contra Morillo en los pantanos del Orinoco.

Viene la Convención de Ocaña. Bolívar, ante el derrumbe de su poderío en el Sur, opta por una Constitución menos vigorosa que la Boliviana. (1) Santander aboga por una Federalista. Los dos colosos se enfrentan, y, tras descomunal brega de meses, Santander logra atraer a sus doctrinas a la mitad de la Diputación venezolana y a la mayoría de la de Nueva Granada. Colombia iba a recibir el golpe definitivo que extinguiera el simulacro de República existente desde 1827. La Convención de Ocaña, suprema esperanza de los pueblos, convirtiéndose en horrible campo de intriga. Ninguno de los dos bandos quiso abandonar un punto de sus pretensiones. Bolívar, nostálgico del Código para Bolivia; y Santander, con el deseo de reducir al Libertador a conformar todas sus acciones a los folios de fueros juzgos y pragmáticas, construyeron allí el ataúd de Colombia. De Ocaña salieron los bolivianos a la dictadura, y los santanderistas al 25 de septiembre y a los campamentos revolucionarios. Tres años duró el ciclón que estalló allí; centelleó la daga aleve y retumbó en el país la marcha de la patrulla de fusilamiento; las faldas del Puracé y las montañas de Antioquia gimieron bajo los cadáveres de los hermanos en Junín y Ayacucho; el látigo y la bayoneta no lograron acallar los gritos del Santuario... Y cuando cesó el humo de los fusiles, Colombia también había ascendido al espacio.

El orgullo del Libertador se rebela y declara: «Triunfo absoluto o nada, es mi divisa» (2) y antes que contemplar la victoria de sus adversarios y de inclinarse ante la voluntad de la Nación, ordena a los Diputados bolivianos que se retiren de la Convención, que se disolvió por carencia de quorum. (3) Sólo quedaba la tiranía. El Libertador prepara desde Bucaramanga las actas de Bogotá y otras capitales para echar por tierra el régimen legal. (4)

«LA DESESPERACIÓN ES LA SALUD DE LOS PERDIDOS y esta debe ser nuestra salud», (5)

(1) Bolívar dice a Páez respecto de la Convención: «Yo había propuesto a mis amigos una resolución que conciliaría todos los intereses de las diferentes secciones de Colombia, que era: dividirla en tres o cuatro Estados y que se ligaran para la defensa común; pero nadie se ha atrevido a apoyar este expediente»; Bucaramanga, junio 2 de 1828.

(2) O'Leary, *Apéndice*, Pág. 241. Abril de 1828.

(3) O'Leary, *Apéndice*, Pág. 190.

(4) El 19 de junio de 1828 dice Bolívar a un amigo influyente, desde Bucaramanga: «Yo me voy para Bogotá dentro de cuatro días, y como las cosas no dejan esperanza, debemos obrar».

(5) O'Leary, *Apéndice*, Pág. 189.

era el pensamiento de Bolívar al ver rechazados sus puntos de vista; la desesperación anubló en él todo sentimiento de equidad hacia los que le habían ayudado a pasearse por toda la América, y lo obligó a decir: «Yo no veo en nuestros contrarios sino ingratitude, perfidia, robo y calumnia; semejantes monstruos son indignos de nuestra clemencia y debemos castigarlos porque el bien general así lo exige». (1)

Después de Tarqui, Bolívar concibe esperanzas de retornar soberano a las riberas del Rimac, como en sus viejos días de gloria. El proyecto de monarquía para un Príncipe extranjero fué apoyado por Bolívar hasta que vió la opinión nacional unánime en contra. El general Urdaneta informó a Páez que el Libertador deseaba que se discutiese el plan monarquista como si él fuese ajeno a tal idea. La sublevación de Córdoba y la reunión del Congreso motivaron el regreso de Bolívar de Quito a Bogotá. Confianza ciega tenía de que el Congreso que calificó de «admirable», pues se había elaborado con todo ahinco en el escogimiento de sus miembros, consagrara al fin sus ideas de gobierno.

El Libertador, tal vez en la esperanza de reconquistar el Perú y realizar la Confederación, o en la creencia de que el Congreso correspondiera al título que le había otorgado, lanza a los cuatro vientos su deseo de que se dividiera Colombia. A don Joaquín Mosquera dice: «MI OPINIÓN ES QUE ESTE CONGRESO DEBE DIVIDIR LA NUEVA GRANADA DE VENEZUELA». (2) De manera idéntica escribe a los Jefes venezolanos. (3) La conspiración monarquista había exacerbado al pueblo venezolano y un grito formidable estremeció los Andes. El Almirante inglés Fleming realiza en Caracas una activísima y eficaz labor en contra de la monarquía y a favor de la segregación de Venezuela, pues a Inglaterra inquietaba que la corona hubiese sido ofrecida a un Borbón francés.

Para cumplir con los deseos de Bolívar, se efectúa en Caracas una reunión, igual a la que promoviera en otro tiempo, y se aprueba una acta proclamando la independencia de Venezuela. Y se fué más lejos de lo que ordenara Bolívar: se desconoció su autoridad.

Los Césares romanos, para mantener su dominación sobre el pueblo, observaban cierta política. (4) Y la del Libertador era la de

(1) O'Leary, *Apéndice*, Pág. 209. En este libro se hallan varios fallos de Bolívar sobre Santander; en uno de ellos dice: «Pero, ¿qué patria se puede salvar en medio de tantos monstruos que lo dominan todo? ¿Cuándo la virtud se llama servil y el parricidio liberal? ¿Y cuándo el más atroz de los ladrones (Santander) es el oráculo de la opinión y de los principios? No quiero alternar con tales canallas, no quiero servir con ellos ni un instante». Pág. 240. Abril de 1828. Esto lo decía Bolívar antes del 25 de septiembre. También hay allí conceptos de Bolívar muy poco favorecedores para Sucre, Páez, Padilla, etc.

(2) Guayaquil, 3 de septiembre de 1829.

(3) Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia.

(4) «Nam qui dabat olim

Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se
Continet, atque duas tantum res anxios optat,
Panem et Circenses.»

JUVENAL.

(1) *Archivo Santander*, Tomo XVI, Pág. 209. Carta a Santander, Caracas, febrero 1827. Sobre la reunión del Libertador y el Consejo de Ministros en Bogotá el 20 de marzo de 1830, dice el general Rafael Urdaneta, en sus *Memorias*, O'Leary, tomo VI, Pág. 379:

«Urdaneta probó que la separación de Venezuela estaba hecha desde el primero de enero de 1827, en que el Libertador empezó a crear en Venezuela autoridades inconstitucionales; en que le dió leyes especiales para su régimen interior. Que en el Despacho de Gobierno se recibían las comunicaciones de las autoridades de Venezuela, no para discutir las, sino para darles una aprobación de fórmula, que era la única dependencia que tenía ya del Gobierno de Colombia. En Quito se había establecido una Junta Administrativa que virtualmente lo independizaba de Colombia. EL LIBERTADOR, QUE ERA MUY FRANCO, DECLARÓ QUE CUANTO SE ACABABA DE EXPONER ERA CIERTO, Y QUE DE ESTOS HECHOS DATABA LA SEPARACIÓN DE COLOMBIA».

(2) *Archivo Santander*, Tomo XVI, Pág. 209. Febrero de 1827.